

con acento

Bush censura la literatura científica

T. G.

G. W. Bush –ganador de las últimas elecciones presidenciales de los EEUU por un puñado de votos, más o menos bien contados– parece que ha conseguido saturar, en poco más de un año, el espacio que la historia dejaba al anecdotario de este presidente.

Recientemente, hemos oído su iniciativa para imponer cierta «censura» a la publicación de los resultados de las investigaciones científicas. El objetivo: evitar que éstos puedan caer en manos de los del «*eje del mal*».

Una de las principales herramientas al servicio del avance y desarrollo de la ciencia es la publicación de los resultados obtenidos, tras revisión técnica y cualificada llevada a cabo por terceros, de forma anónima y sin intereses; de tal forma, que las explicaciones proporcionadas sean suficientes para que otro investigador pueda reproducir las mismas condiciones de trabajo y conseguir los mismos resultados. ¿Puede alguien pensar que la mejor forma de que los del *eje del mal* no se enteren de lo que hacen los del *eje del bien* es eliminar una de las más eficientes herramientas para divulgación de la ciencia de forma fiable, repetitiva,... en definitiva: científica? Medidas como ésta muestran su incapacidad para gestionar situaciones novedosas y amenazadoras para su propia hegemonía, su estancamiento en el pasado: la decadencia.

Pese a estos pequeños obstáculos de unos y otros, la ciencia seguirá avanzando y poniendo en manos de la humanidad conocimientos y tecnologías útiles para: alargar la vida, protegernos de las enfermedades, facilitar la vida a los discapacitados, proteger el medio ambiente, mejorar los medios de comunicación, entender mejor el universo del que formamos parte...

Lamentablemente, estos mismos conocimientos y tecnologías pueden acabar siendo: armas más letales y mortíferas, métodos terroristas más efectivos, medios de discriminación y opresión más eficaces, industrias más destructoras del medio ambiente... Que se empleen en un sentido u otro no depende tanto de la oportunidad como del deseo de hacerlo. Pruebas de sobra nos ha dado la historia.

Desarmar las razones para el mal es el único medio para conseguir una paz verdadera, lamentablemente no siempre funciona; aunque es mucho más efectivo –una vez más, a la historia me remito– que desarmar, *sensu stricto*, a los del *eje del mal*.

Esta simple y simplista representación dualista del mundo, tan del gusto de algunos, es, cuando menos, una irrealidad. Todos compartimos un mismo destino; todos repartimos nuestro peso entre ambos ejes. No podemos serrarlo por la mitad. ■